
Elena Poniatowska
Fuerte es el silencio

© 1980, Elena Poniatowska
c/o Schavelzon Graham Agencia Literaria
www.schavelzongraham.com

Derechos reservados

© 2023, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.
Bajo el sello editorial SEIX BARRAL M.R.
Avenida Presidente Masarik núm. 111,
Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo
C.P. 11560, Ciudad de México
www.planetadelibros.com.mx

Primera edición en formato epub: septiembre de 2023
ISBN: 978-607-39-0427-8

Primera edición impresa en México: septiembre de 2023
ISBN: 978-607-39-0465-0

Fotografías de interiores:

p. 21: © Archivo Fundación María y Héctor García

p. 345: Emiliano Zapata retrato (ca. 1914). Fotógrafo: Casasola. D.R. Instituto Nacional de Antropología e Historia, México.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.
Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México
Impreso y hecho en México - *Printed and made in Mexico*



Ángeles de la ciudad

A Ricardo Cortés Tamayo

*Ángel de mi guarda
dulce compañía
no me desampares
ni de noche ni de día.*

Antes, el Ángel de la Independencia era lo primero que se veía parado contra el cielo, a ras del aire, donde empiezan las nubes. Era el sueño más acariciado de los niños de provincia en sus tardes de calma cosquilleante: «Oye, el Ángel ¿es como en las fotos?». Y con un aire de ángel elegido, el otro contestaba lleno de orgullo: «¡Uy, no, es más bonito!». Era también el mejor punto de referencia. «¿Sabes por dónde? Por el Ángel, por allí vivo». A la niña Titi le preguntaron en la escuela que cuándo se había iniciado la Independencia de México, y respondió oronda: «Cuando se cayó el Ángel». Raúl Prieto sostiene que México es un país tan machista que a la victoria que corona la columna de la Independencia, de incuestionables atributos femeninos, de redondeces tan rotundas que se recortan claramente en el aire, todo el mundo la llama: «el Angelito».

En 1957, tembló a las 2:40 del domingo 28 de julio y el Ángel fue a estrellarse contra el suelo. Un maestro albañil ya muy viejo llegó a ver hasta dónde se había cuarteado porque construyó su base y emparedó en ella un cofrecito con

las cartas de su novia que lo dejó colgado, así como los constructores de cortinas o diques emparedan a un recién nacido para detener las aguas. Lo cierto es que el cofrecito del amor traicionado ha servido de antídoto; pocos enamorados se han tirado de El Ángel para abajo; tírate para abajo, súbete para arriba, en cambio son muchos los que han cometido suicidio desde lo alto de la Torre Latinoamericana. Además del maestro albañil llegó un pedacito de hombre que pretendió hacerse de un pedacito de hierro fundido: «Pues ¿no que era de puro oro?». Una beata enrebozada se hincó a rezarle y entre gruesos lagrimones murmuraba: «Se ha muerto mi ángel de la guarda». Y tenía razón porque el Ángel de la Independencia es el de la guarda de muchísimos mexicanos. ¡Hubieran ustedes visto la consternación de los ciudadanos! Rodeaban despacio la glorieta: «¡Mira nada más su cabecita, cómo quedó!». Puros cabellos de ángel sobre la tierra; en las copas de los árboles el oro de sus alas, las plumas desperdigadas en el pasto del Paseo de la Reforma. Unos cargadores del Departamento del Distrito Federal se llevaron con mucho cuidado los dos senos, se los pusieron de sombrero: «¡Qué grandes, bien que podrían taparnos del sol, de la lluvia!». Otro se echó la cintura alrededor de los hombros, otro la corona de laurel, el quinto trenzó los brazos en torno a su cuello, en un duro, un gigantesco abrazo femenino. El Ángel se fue en camión y lo reconstruyeron en una de las colonias más pobres de México: la Buenos Aires. Tuvo muchos visitantes en su cuarto de enfermo, incluso se le podía ver desde el Viaducto yendo por el carril de 40; a medias oculto tras un parapeto de madera que tan sólo lo cubría hasta el cuadril. Poco a poco recobró su tronco, sus hombros dorados y sus inmensas alas, no le faltaba sino la cabeza y el brazo extendido con la corona de laurel.

Cientos de curiosos se asomaron a verlo, a comprobar lo que el tiempo hacía con sus cicatrices; hubo pleitos en los vecindarios por su posesión; los habitantes de las calles de doctor Liceaga y de doctor Barragán estaban muy orgullosos de que el nuevo Ángel, más grande y mejor dorado, surgiera de los andrajos de su colonia.

Angelitos negros

Sin embargo, desde 1957, los ángeles se han opacado en México. El esmog, siguiendo al pie de la letra los dictados de la canción, nos pinta angelitos negros. Allí los vemos alicaídos, tratando de pasar entre los coches, golpeándose en contra de las salpicaderas, atorándose en las portezuelas, magullando sus músculos delicados, azuleando su piel de por sí dispuesta a los moretones. Ya nada tienen que ver con aquellos ángeles de puro oro que se ríen en los altares barrocos de las iglesias del centro, o con los angelitos cachetones y nalgones que los indígenas convirtieron en las criaturas terrenales y glotonas que ofrecen sus boquitas pintadas en Santa María Tonantzintla: ángeles que vuelan mal lastrados por un sospechoso cargamento de uvas, granadas, plátanos y piñanonas.

Hoy por hoy los ángeles de la ciudad son todos aquellos que no saben que lo son. Cada año llegan en parvadas y se aposentán en las calles, en los camellones, en las cornisas, en los aleros, debajo de algún portón. Allí las pepiteras y marías venden su montoncito de semillas, de a poquito, apenas lo que cabe entre dos dedos «pa' que no se mi'acabe». En el lenguaje popular son golondrinos, o sea pájaros con cara de gente que en tiempo de secas llegan a la capital a *acompletarse*, a juntar un poco de alpiste y, cuando viene el momento de la cosecha o del sembrado, levantan el vuelo

y regresan a su pueblo. Estas golondrinas no hacen nido y si lo hacen es un nido tan maltrecho, tan agujereado, que no cobija nada; deja el alma expuesta a todos los vientos y la carne abierta a la primera herida, un nido que al rato cae porque no pudo asirse a las vigas del techo y que al día siguiente se barre con la basura de la mañana.

Estos mexicanos se nos aparecen a la vuelta de cualquier encuentro, sin disfraz alguno, con el traje que les da la vida, y desaparecen en un parpadeo. Son ángeles, sin alas aparentes, y de repente ¡zas!, allí están con sus carritos de dos ruedas para llevarse botellas y fierro viejo, papel periódico que vendan, sus charolas de frutas cubiertas, sus canastas de aguacates que blanden de ventanilla en ventanilla, la locomotora de los camotes y plátanos horneados y el iglú de los raspados de hielo picado, hasta que un día el ángel asciende en la jerarquía celestial y se convierte en abonero y entonces sí llega a tocar a la puerta para preguntar, untuoso:

—¿La señorita Estela?

Si uno lo mira interrogativamente, añade:

—Dígale que la busca Ariel, el abonero.

Un ángel tímido y sofocado baja desde la azotea. El abonero saca su tarjeta, de entre el fajo retenido por una liga ancha, de esas con que antes las mujeres se atoraban las medias, y la blande ante los ojos de la muchacha.

—Vine a cobrarle.

—Ay, ahorita no tengo, es que mi patrona no me ha pagado.

—Bueno, no se apure. ¡Mire nada más qué chula está esta faldita!

Estela frunce la boca, luego sopesa la falda, como quien no quiere la cosa. Como todas las mujeres del mundo, hace correr la tela entre su pulgar y su índice:

—Es que ahorita no puedo, estoy dorando el arroz.

—Pues vaya y apáguele —ordena el abonero, con la autoridad que le da el adeudo perenne y la cueva de Alí Babá que lleva colgada en el hombro donde relumbra la fibra sintética de los vestidos modernos y el acrilán de los suéteres tejidos a máquina.

Estela sube y baja en menos que canta un gallo. «¡De veras que está bonita la faldita!». Ariel extiende una nueva tarjeta con una letra ondulada y una pluma blanca que se ha sacado debajo del alón. Hace meses que Estela y su hermana Epifanía y Dominga su prima y Domitila, que trabaja en la otra cuadra, y Lupe, que acaba de entrar con la señora del 8, dejaron las faldas como corolas que trajeron del pueblo. Ahora andan de mini, guiadas por Ariel el abonero, quien sigue los dictados de la moda y trae, entre sus tesoros, pantimedias y pantiblusas. Ariel apunta, suma, resta, multiplica y se despide:

—Paso la semana que entra, chula.

Ángeles de una noche

Desde Toluca, Querétaro, Ixtlahuaca, Hidalgo, Atlacomulco y hasta de Oaxaca vienen las criaditas a la gran ciudad: la provincia que surte verduras, surte también mujeres lozanas, de trenzas largas y sonrisas apocadas. «Sabe, me dieron permiso». Llegan con los ojos bajos y el trotecito indio, que las hace deambular por los cuartos casi sin que se les sienta, como queriendo borrarse. De allá del pueblo se trajeron sus trapos más mejorcitos, los dos vestidos, el cremita y el celeste, su delantal con bolsas y el suéter calado con sus dibujos de cocos. Ahora abren y cierran puertas, descubren el refrigerador, el bóiler y algo que equivale al ojo de Dios: la pantalla chica que las mira idiota desde su caja y les retaca el cerebro de ondas imprevisibles. Un buen

día, su patrona las encuentra con los ojos abiertos a reventar frente a «Sube, Pelayo, sube», y una buena tarde las escucha gritar a voz en cuello en un bramido estremecedor de tan impúdico: «Regálame esta noche», y una mañanita advierten modosas a la hora del desayuno, su pelo cortina negra recién lavada escurriendo sobre sus hombros, su cintura: «Señora, me voy a separar», recogen sus plumas y se van redondeadas como palomas torcaces a arrullar con su ronco gorjeo de paloma al palomito tierno, producto de aquella noche que les regalaron.

A veces el recién nacido muere y los sobrevivientes lo convierten de inmediato en angelito. Cuando ya los compadres están seguros de que no le queda ni tantito resuello, entonces lo ponen sobre una mesa rodeado de cempasúchiles, lo visten de papel de china y le pegan una estrella en la frente. Nadie llora para no quitarle la gloria. Al contrario, otras mujeres traen a sus niños y les dicen: «Velo, porque es angelito, a ver si algo se te pega»; consuelan a la madre: «¡Qué bueno que se murió chiquito, porque se fue al cielo!». Le prenden velitas de sebo, hasta que llegan los compadres con la botella de aguardiente y el café con piquete; le pintan sus chapitas, lo coronan de flores, lo acomodan en el cajón blanco o azul cielo, chiquito como caja de zapatos; cierran la tapadera que lleva encima un angelito de hoja de lata, y se lo llevan al agujero pequeño, escarbado para él en el camposanto. El angelito vuela al cielo, se lo lleva Dios; al cabo ya lo rociaron con agua bendita, para que no se fuera al limbo.

Los mexicanos: pájaros sin nido

Los mil mexicanos que emigraban diariamente en 1976 al Distrito Federal, atenazados por el hambre, se han duplicado en 1978; o sea que setecientos treinta mil hombres y

mujeres se posan en la ciudad cada año; puros pájaros sin nido, puros lirios del valle en espera del milagro que ha de caer del cielo. Se habla siempre de Ciudad Nezahualcóyotl asentada en el vaso de Texcoco, de sus setecientos mil desempleados, su falta de fosas sépticas y drenajes, sus viviendas de dos piecitas en las que llegan a vivir hasta dieciséis personas, sus escuelas «al aire libre» para alumnos que escuchan la clase sentados en un ladrillo o en un banquito que traen de sus casas. Sin embargo, los habitantes de Nezahualcóyotl son ricos al lado de otros arrimados, porque han adquirido una capacidad de protesta y de organización que no tienen los escuadrones de ángeles y de querubines desperdigados por los cinturones de miseria. Los de Nezahualcóyotl secuestran camiones, cierran comercios, levantan actas de denuncia y los niños desde los cinco años aprenden a defenderse: trabajan de limpiabotas, lavadores de autos y se alquilan en los restaurantes y en las oficinas para hacer mandados o sacar la basura. En Semana Santa, por ejemplo, en vez de visitas a las siete casas, penitencias y larguísimas oraciones, los hombres se juntaron para pavimentar dos calles y enchapopotarlas y convirtieron así su oficio de tinieblas en un acto de provecho para la comunidad. Su actitud frente a la vida es distinta a la de otros inmigrados que pretenden continuar en la ciudad una vida de pueblo «nomás que con televisión», recogen leña en las cercanías, son aguadores, se ofrecen para acarrear cubetas a las casas y quisieran sembrar una mínima milpa en tres metros cuadrados. Ciudad Nezahualcóyotl es más realista y hasta las mujeres se ponen «buzas». La maquila de ropa es uno de los empleos de muchas mujeres que ensamblan hasta cien pantalones a la semana a cambio de trescientos cincuenta pesos, poniendo ellas el hilo, la máquina de coser, los botones, los cierres y el hombre que ha de entrar en

el pantalón. Estas mujeres maquiladoras son, junto con algunos obreros, seres privilegiados que cuentan con algo seguro para llevarse a la boca; los demás colonos respiran el polvo y salen «a ver qué cae».

Los San Martín de Porres y demás enseres

En alguna ocasión, Oscar Lewis pidió a sus ayudantes que hicieran levantamientos topográficos de los enseres de viviendas estudiadas. Había que apuntar el número de sillas, la mesa, la estufa de petróleo, la alacena, la letrina, si es que existía, las camas, los vasos y demás cachivaches. Lo que me llamó la atención en cada cocina de la vecindad fue la ausencia de tenedores. Cucharas siempre las vi, anchas, bonitas, de peltre para los frijoles aguados, la sopita de pasta, el té de hoja que se sorbe despacito, pero ¿trinchas, trinches de esos que blanden los diablos en las estampas? No, de eso nada. Tampoco abundaban las sillas pero ni falta que hacía; se sentaban en la cama para comer y acercaban una mesa que navegaba por la habitación como barca sin quilla, tantito acá, tantito allá. Su minuta: nopalitos navegantes. Entre cucharada y sopeada atisbé el color de los calzones de las mujeres que en el tendedero chillaban y rechinaban como globos de colores: lilas, morados, rojos, rosa encarnado, buganvilia, anaranjados, amarillos congo, beiges tirando a caqui, violetas, inflados por el viento, ahora sí «bombachas» como los llama Julio Cortázar. Los brasieres conservaban la huella de las medallas, llaves y dinero encajados en el borde de sus copas, alfileres de seguridad oxidados sobre el corazón. Entre los raquíticos muebles resaltaba en medio de los dos la tele como un dios, comprada en abonos fáciles; una gran cantidad de santitos, sobre todo de San Martín de Porres, con marco o en paspartú que sale más barato, se iluminaban y se opacaban al ritmo de la fuerza de las veladoras erguidas en una repisita junto a la crema Ponds tamaño económico y el carrete de hilo negro que siempre se ofrece. Las pilas de cascos vacíos hechos pirámide en un rincón del patio también me dejaron una

huella indeleble, así como los detritus que nadie mueve y acaban convirtiéndose en fetiches: la palangana desfondada a medio patio, el zapato bocabajo sorbiendo lodo cuando en vida le dio la cara al sol, el carrito de plástico que ya no sirve, la bacinica blanca que nos mira sin parpadear. Ya para meterse el sol, las señoras salían a tardear, su silla recargada contra el muro de su vivienda, espalda contra espalda, así como sus abuelas debieron salir al balcón de provincia «a recortar prójimo». «Lucecita, tráeme las tijeras», decía, pícara, Teresa a su hermana menor, «las tijeras de recortar prójimo». Ahora, ya ni ánimos tenían, al contrario, platicaban con una voz vencida como quien da los últimos pasos hasta llegar a la noche: «Mi señor toma». Ninguna irritación en la voz de doña Ubaldina que musitaba: «Todo lo deja en la pulquería o en la casa del compadre. No tengo ni para el café de mañana, ni para las tortillas». «Bueno, pero hoy siquiera se tomó su cafecito, doña Uba». «Sí, eso sí, a Dios gracias, sí». «Pues ya lo ve, hoy es vida, mañana quién sabe», y seguían consolándose mutuamente con esas frases puñales en el aire, machetazos que resuelven las cosas de una vez por todas: «Si me han de matar mañana, que me maten de una vez», «la vida no vale nada», «pa' luego es tarde», «al fin que ni quería». Parecían vivir siempre como los lanzados a punto de acabar patas arriba en la cuneta, mientras que el radio a todo volumen aventaba al aire ritmos guapachosos, calientes, y el locutor se colaba hasta el último resquicio tragándose todo, la miseria, la mugre, la falta de agua, el alcoholismo, la desnutrición, la violencia, las cubetas, los niños que hacen sus necesidades a la vista de todos, los adultos que las hacen por allá más lejecitos, las moscas, los zancudos, la vergüenza y los hombres que durante horas se paran en las esquinas recargados en algún poste, cosa que hizo que Juan Goytisoló

le advirtiera a su mujer antes de traerla a nuestro país: «Sabes, en México los hombres se la pasan rascándose las verijas».

A picotazo limpio

El Departamento del Distrito Federal dizque se ocupa de los golondrinos y de las marías. Los golondrinos bajo su ala apenas si llegan a tres mil, pero su rostro siempre igual se renueva año tras año; las marías, que sobre todo se ven en el sur con sus blusas de satén solferino y azul magenta, en los camellones de la avenida Universidad, de División del Norte, de Churubusco, de Popocatépetl, provienen de dos grupos: los otomíes y los mazahuas, quienes están unidos entre ellos por su tradición de comerciantes y por pertenecer a la raza más antigua del país. Primero vendieron fruta, pero ahora se acercan a los coches con sus klínex bien alineaditos y ofrecen, por medio de sílabas muy cortas, su minúscula mercancía. Las marías vienen del estado de Hidalgo, del de Querétaro, de Ixtlahuaca, San Felipe del Progreso, Temascalcingo y del municipio de Atlacomulco. Si uno va a su pueblo, se da cuenta de que la tierra está tan erosionada que el tepetate quedó a ras de piel; allí se dedican a hacer comales y ollas de barro que los hombres sacan a la carretera y llevan a vender a Guadalajara, a Guanajuato, incluso a la capital, pero cuando la miseria cala hasta los huesos entonces las mujeres salen con sus maridos; las viudas, que de ningún modo pueden cultivar la tierra, se vienen a la ciudad y se sientan de marías con su hijo sobre la espalda y otro más grandecito asido a su cadera y el tercero por allá acostado, confundido entre los trapos —tambachito de zurcidos él también—, y bordan primorosamente sobre un bastidor redondo, flores, guirnaldas, pájaros, todo lo que

no ven en medio de este río cintilante de coches del cual hay que saber apartarse apenas ponen la luz verde. Si casi todas limosnean en el sur, es porque los comuneros del Pedregal de Santo Domingo las han dejado vivir allí. Antes durmieron en el Cuadrante de San Francisco, luego se desperdigaron por Coyoacán, hasta que con cuatro palos techaron una casuchita en el Pedregal de Santo Domingo y nadie las ha echado de allí, al menos hasta ahora. Lupe Rivera instaló en Carreteraco, Coyoacán, un centro otomí para enseñar a las marías a distribuir sus bordados a lo largo de un mantel, hacer mantelitos individuales, trazar hilos de letargo sobre fundas blancas, bastillar pañuelos de llorar en punto de cruz y entrelazar iniciales que han de quedar unidas hasta que se desgaste el encaje, inflar cojines para la sala y rellenar unos muñecos preciosos, bebés de trapo que usan el gorro original del niño otomí: los mismos holanes con que cubren la cabeza de su hijo, muchas olas blancas para espantar el frío, muchas ondas espumosas para que en ellas aniden los buenos espíritus. No hablan español y, por lo tanto, les enseñan a leer y a escribir profesores bilingües. Las costureras reciben un sueldo de quince pesos, más un sobresueldo, según su producción, que llega hasta los veinticinco y los treinta diarios. Sin embargo, a pesar de que les dan los hilos, el estambre, las telas, los bastidores en que han de bordar, pese a la sillita baja junto a la ventana, muchas marías prefieren el camellón, la cinta plateada e ininterrumpida de los coches, la moneda a cambio del chicle que una mano indiferente les tiende a través de la ventanilla, las rosas que pasan de sus manos a las del conductor, los klínex que hay que resguardar de la lluvia más que a los propios críos. Les resulta más entretenido, más emocionante, más novedoso, más vida vivida que sentarse en una casa de Coyoacán, porque

esa casa no es la gran ciudad que relumbra desde el camellón y en ella tampoco llegan a ganar los treinta, los cincuenta pesos diarios que van juntando poco a poquito en una jornada callejera de más de ocho horas. Una María apodada la Burra de Oro no dejaba su día en menos de cien pesos. Se levantaba al alba para ir a proveerse de dulces y de chicles y de frutas a la Plaza del Aguilita a un lado de La Merced, pedir fiado —sin darse cuenta de que enriquecía a los proveedores— y luego entrarle al juego de la compraventa, a la zozobra entre el «Ande cómpremelo», y la mirada indecisa del posible marchante. Se convirtió en la mejor vendedora del mundo y en la Plaza del Aguilita todos la respetaban por su habilidad. «Leer y escribir no sé, soy bien burra, pero los números, eso sí me los sé». De ahí su mote: la Burra de Oro.

Los ángeles de ocupación disfrazada

Al D. F. arriban los maridos de las marías; sus maridos y los que no son sus maridos y los que son los maridos de todas las mujeres de México que nunca han tenido marido; los padres de más de cuatro, los maridos de a tres por cinco emigran del campo con calzones de manta cruda, su sarape terciado y su rostro que brilla de tan lampiño, bajan del autobús y se meten a lo primero que encuentran, generalmente de vendedores ambulantes. Los economistas los llaman «subocupados» o «desocupados» y califican su estatus de ocupación disfrazada; muchos de ellos son campesinos que cultivan su tierra un mes o dos al año y el resto del tiempo no encuentran quehacer. Si cuatro de los seis millones de campesinos que trabajan la tierra dejaran de hacerlo no bajaría para nada la producción porque cuatro millones son sólo subempleados, hombres que apenas

si sacan de la tierra para malcomer. Se les llama «campesinos» porque viven en el campo y porque la única relación que han tenido con la vida es a través de la tierra, pero en realidad les cuesta tanto trabajo simplemente vivir que sus días sólo constan del tránsito de la mañana a la noche y lo mismo sirven para un barrido que para un fregado. Vienen a la ciudad porque sienten que aquí viven menos mal que en el campo; el ver luz eléctrica, caminar sobre el asfalto, divisar parques umbrosos como el de la Alameda, levantar la cabeza para alcanzar el edificio de la Latino, es una recreación que mitiga hasta el hambre. Desde Aztlán, desde Tlaxcala, desde Oaxaca, traen la gran esperanza de encontrar trabajo, y si no trabajo, distracción. «Al menos me ataranté tantito», me dijo Erasmo Castillo González, quien vino a probar su suerte a la capital. Así entre el retortijón del hambre y la atarantada, la población de nuestra ciudad ha pasado de cuatro millones en 1960 a más de seis millones en 1970. (Ahora, consuélense ustedes, somos más de nueve millones). Con una tasa de crecimiento de aproximadamente 5.6% anual, la población tiende a doblar cada quince años y si el área urbana del D. F. sobrepasa ya los nueve millones, para el término del sexenio lopezportillista, en 1982, seremos diez y medio millones hacinados sobre una plancha de concreto de setecientos kilómetros cuadrados; el D. F. no tendrá un solo árbol para nuestros ángeles que seguirán aterrizando uno tras otro para ir a empericarse en los cerros del Chiquihuite, Chalma y San Lucas, que forman el mayor triángulo de miseria del D. F., en los que ya se apeñuscan como cabras trescientas mil personas. Las mujeres seguirán arrimándose a las casas (una de cada cinco mujeres que trabaja en México es sirvienta y existen sesenta mil trabajadoras domésticas niñas cuyas edades oscilan entre ocho y catorce años) y los ángeles jóvenes y

solteros se irán a recorrer el centro a ver si encuentran chamba de cuidadores de coches, a caminar todas esas calles repletas de coches y de las asechanzas de la sífilis y la gonorrea. Una vez una angelota cacariza de esas que apachurran sus alas en la esquina de San Juan de Letrán le gritó a un quinceañero de sombrero de palma: «Oye, chulo, ¿le saco punta a tu pizarrín?».

Ángeles de alas trasquiladas

Desembarca por ejemplo el compadre Albino y se establece así nomás porque sí, por la pura necesidad, en la colonia Ruiz Cortines. De ahora en adelante es un paracaidista. Pone sus palos, dos o tres piedras, un plastiquito, junta sus cartones y cuando hay suerte sus láminas y de allí no hay quien lo saque. ¡De paracaidista ha pasado a colono! Y ahora una chambita de esas que los sociólogos llaman despreciativamente «subempleos», pero ¡ay, cómo rinden!, klinexero, chiclero, florista de asfalto, cualquier ocupación en que no se precisa estar calificado sino ponerse «buzo». «Abusado, manito, abusado, aguas con la tira». Cuando los ve la policía confisca su mercancía. Al rato el compadre Albino le escribe al Chente, quien se está muriendo de hambre allá en Pachuca: «Vente, compadrito, no estés sufriendo allá». Y aunque no le llegue la carta (porque en el D. F. ninguna carta llega nunca), Vicente tiene una corazonada y se viene voladazo a arrimarse con el compadrito Albino y entre él y Ponciano y Fermín y Valente Quintana configuran una colonia. Resulta que áreas enteras de las colonias proletarias son pachuqueñas. En la colonia Tablas de San Agustín, me dijo un día Jesusa Palancares: «Aquí todos somos de Oaxaca, por eso no hay robos, todos nos ayudamos porque somos del mismo cerro pelón». Cartas

van o «mandadas a decir» y a vuelta de correo se viene una familia de cinco, de siete, de ocho ilusos, que repiten la frase que les «mandaron a decir» como un encantamiento: «Compadre, conseguí un terrenito, incluso aquí se rumora que nos van a pasar a una unidad habitacional». Así, a puro vente y vente los mexicanos hemos creado una ciudad monstruosa, de más de nueve millones de habitantes. Un ejemplo significativo es Ciudad Nezahualcóyotl, que en 1965 tenía ciento veinticinco mil habitantes y ahora tiene dos millones y medio. El problema de la migración viene de mucho tiempo atrás. La Revolución de 1910 hizo que los campesinos huyeran de sus tierras convertidas en campos de batalla y llegaran a la capital a ver si aquí «se les dificultaba menos la vidivera». Durante la Revolución, la capital absorbió el 60% del crecimiento total de la población urbana del país, según el historiador Enrique Semo, y desde entonces los mexicanos no han dejado de venir. Los círculos se agrandan, cada vez es más ancho el cinturón de miseria, pulula un mundo que se va achaparrando hasta quedar a ras del suelo; pocilgas en las que uno se mete a gatas y de las que emergen en la neblina de la madrugada unos ángeles sucios, de alas trasquiladas y lodosas que se escurren lastimeramente entre las peñas para salir a ganarse «el gasto» del día, a vuelta y vuelta, tronándose los dedos, a ver qué cae, a ver cómo los trata la pinche suerte. Aunque a nosotros nos parezca mejor una choza campesina, por más humilde que sea, a un tugurio proletario, ellos, los que vienen del campo, siguen creyendo en la bondad de la gran ciudad que algún día les dará lo que no les ha dado la tierra; la lotería, la suerte que te dé Dios, los premios del radio y de la televisión, las canciones dedicadas a mi mamacita porque hoy es el día de su santo, los aparatos domésticos que regala Pelayo, las fotonovelas, las radionovelas, las

telecomedias, los dentífricos, las Stayfree, el pollo en cubitos y la familia pequeña, «el consulte a su médico», Paula Cusi y su horóscopo para el día siguiente, el concurso de los aficionados que por teléfono entonan, mientras la orquesta se va por otro lado y ellos desenroscan nerviosamente el hilo negro: «Amorcito corazón», el Correo del Corazón, los coqueteos con la voz grasienta, insinuante del locutor: «De veras, linda, ¿se llama usted Mercedesitas? Y, ¿qué hace? ¿Trabaja o estudia?», hasta la cúspide de la pregunta de los sesenta y cuatro mil pesos, si acaso les sale un hijo machetero.

Los ángeles ascienden poco a poco en la jerarquía celestial

Es entonces cuando surgen de las paredes, atraviesan los espejos como Orfeo, los mecapaleros, los cargadores, los vendedores de juguetitos de plástico, topoyiyos y panteras rosas, vikingos y máscaras de Batman, sirenas y ranas para el parabrisas. En las banquetas se instalan los vendedores de pomadas para los callos, los merolicos, los dulceros que llevan su charolita sobre un tripié de madera y la acomodan a media banqueta, los merengueros que en un tiempo añadían a los pelos de ángel de su merengue unas cuantas briznas de marihuana para hacer que los niños entraran en sabor hasta que los consignó la autoridad y en el tambo se comieron solos toditos sus merengues, los vendedores de agujetas, de botones de colores, de presiones, cierres y ganchitos, dedales para coser, los yerberos que ofrecen ojos de venado para el aire constipado, colibrís que han de acomodarse debajo del fondo, a la altura del corazón para que el ingrato vuelva y deje de mirar a la otra. Poco a poco ascienden en la jerarquía angelical hasta llegar a cuidador de coches, globero, billetero, chícharo, voceador, bolero,

machetero, ropavejero, abonero, barrendero, lechero, tortero, camotero, taquero y diablero (el que se roba la luz y la conecta por medio de diablitos), afilador de cuchillos, cortinero; forman parte de un gremio que más o menos los defiende y los explota y finalmente arriban por riguroso escalafón al más alto peldaño del cielo: cartero, ruletero, fotógrafo ambulante, «taquimeca», camionero y hasta peluquero. (Siempre me llamó la atención aquel cartero que un día no se reportó. Lo fueron a buscar a su vivienda. Cansado de repartir y de no recibir se había quitado los zapatos y tranquilamente leía una tras otra veinte mil cartas que fueron encontradas en su ropero).

Los ángeles no saben dónde caerán muertos

Junto a la gente pobre se yerguen siempre sus explotadores, arcángeles de espada desenvainada, fríos corifeos de Dios, asexuados, implacables, dispuestos a inscribirse en los infiernos. Se dice, por ejemplo, que las rosas que blanden los pobres en su cucurucho de papel encerado, en cada alto, son de un político quien fue dueño de periódicos y cultiva ahora un sembradío de hojas verdes y pétalos de colores en lo alto de las Lomas de Chapultepec. Por eso las rosas de las Lomas son más frescas que las de Coyoacán; se dice también que los acaparadores de las cajas de klínex están haciendo su agosto al fiarlos a los golondrinos y a las marías en la madrugada de La Merced. Pero ningún arcángel más temible que el de los pepenadores. Esta ciudad avienta siete mil toneladas de basura diaria que se tira a lo largo de la calzada Ermita Iztapalapa y le reditúa al arcángel tres millones de pesos mensuales. La «gente de Rafael Moreno», el arcángel negro de fauces de águila y pico que desgarrar, almacena, selecciona y separa la basura: aquí el

plástico, aquí el fierro, aquí la chatarra, aquí los políticos ladrones, aquí las ratas del PRI, aquí los beatos del PAN, aquí los recién nacidos del PMT, y la materia orgánica va a dar a una molienda que después la fermenta y sirve como abono. El «compos» grueso llamado irónicamente «rico suelo» se utiliza en la agricultura. El mismo «compos» molido dos veces y encostalado fertiliza las áreas verdes del Distrito Federal. O para decirlo en términos elegantes: es una sopita de nuestro propio chocolate. El círculo se cierra. Nos alimentamos, evacuamos y volvemos a alimentarnos. No hay de otra. La tierra es una misma y una sola bola. «Allí va un navío cargado, cargado, cargado ¿de...?». «A ver, señoras y señores, ¿dónde quedó la bolita?». Allí están los pepenadores, listos para echársele encima. Ningún gremio es más avorazado que el de los pepenadores cuyo plumaje se eriza a la vista del primer visitante. Sus montones de basura suben al cielo en círculos concéntricos de pestilencia y ellos los vigilan con sus alas bien extendidas de zopilotes come-muerte.

Los sociólogos y los economistas suelen llamar «marginados» a los ángeles de la ciudad. Han llegado tarde al banquete de la vida y sólo les tocaron las sobras. Se alimentan de migajas, en realidad ellos mismos son «sobrantes», rémoras adheridas al cuerpo de la gran ballena. Excluidos del desarrollo económico, político, social, dependen sin embargo de él, le prestan servicios, mejor dicho, están a su servicio; la clase media baja, la media y la alta los usan de criados. Y eso cuando bien les va. Ningún gobernante, con toda su alambicada tramoya de tecnócratas, cifras y promesas, ha encontrado hasta ahora la forma de integrar a estos marginados a eso que se llama «Desarrollo con Justicia Social». No tienen seguro social, ni cartilla, ni certificado, ni acta de nacimiento, nadie los reconoce. Inseguros,

viven en la oscilación permanente. No saben ni dónde caerán muertos. En la llamada «zona metropolitana» existen alrededor de quinientas ciudades perdidas y las colonias llamadas «populares» cubren el 40% del área metropolitana y albergan a cuatro millones de angelitos. El 49% de los ángeles de la ciudad de México tienen ingresos de menos de cien pesos mensuales y en 1970 había más de ciento diez mil personas desocupadas y trescientos cincuenta mil en la situación de subempleo. Ahora la desocupación se ha triplicado. Si en 1980 somos 9.4 millones de habitantes citadinos, en 1990 seremos 13.5 millones y en el año 2000, 19.8. ¿Cuál será nuestra vida? ¿De a cómo nos tocará? Nuestra tasa de nacimientos es del 3.14% en la ciudad. (¿A qué corresponde el 14%? ¿A un brazo de niño, a una pierna, a la pancita? Yo jamás les entiendo a las estadísticas y nadie me ayuda a comprenderlas porque además nunca coinciden ni por equivocación. Las de la Secretaría de Asentamientos Humanos son distintas a las del Departamento Central y las de la Oficina del Plano Regulador no tienen nada que ver con las de El Colegio de México o del Instituto de Investigaciones Económicas de la UNAM. Alguna vez, se lo dije al economista Gilberto Loyo y me respondió: «Ponga usted lo que quiera, al fin, Elena, que nadie sabe nada de nada»). Si ahora somos 60.5 millones de mexicanos en la república (al calcule), y nacen dos millones de niños al año (también al calcule), en el año 2000 seremos ciento veinte millones y nuestros problemas de transporte, tránsito, abastecimiento de agua y de energía eléctrica, contaminación, desalojo de aguas negras, nos convertirán en seres que espantarán de todas todas a los ángeles marcianos que seguramente bajarán de su planeta para examinarnos de cerca. Por eso nunca veo la teleserie *El planeta de los simios*, no vaya a ser la meritita verdad.